

JORNADA PRIMERA O DE CÓMO EL REINO DE CASTILLA ENTRÓ A FORMAR PARTE DEL IMPERIO EUROPEO: EL CID, ROLAND Y OTROS PALADINES.

Primavera de Castilla, finales del S. X. Verde el campo, rota en flores la tierra, nada hace pensar que en ese paisaje de ensueño dos hermanos se enfrentan a muerte. No ha habido acuerdo sobre la herencia del Rey, y su hijo Sancho II asedia Zamora, ciudad en la que se ha refugiado su hermana Urraca—también pretendiente al trono. Zamora es plaza amurallada y resiste sin demasiados ahogos. Las cosechas pasadas fueron buenas y dentro de la ciudad hay agua y ganado en abundancia. Los aires de la meseta son limpios, la pestilencia desconocida. Así que nadie ve cerca el final del sitio aunque nadie se atreva tampoco a expresarlo en voz alta. Las fortunas de la guerra dictarán su veredicto.

Entre los caballeros del Rey destaca su joven álferez, un noble llamado Rodericus, en el francogodo vulgar, "Rodrigo", al que por sus orígenes, se le añade "de Vivar". Estudió con el Rey en el Monasterio de Tablada y ahora, recién salido el sol, ejercita a

su garañón Babiéca entre mieses y trochas. Va en camisa, recién salido del montón de paja en el que ha pasado la noche y monta a pelo sin estribos ni espuelas. Goza de su juventud y de la primavera en un galope de jinete experto; Babiéca va ligero en la mano, bien impulsado y atento.

Cuando no ha hecho más de una legua de camino advierte a lo lejos el rumor de un galope desenfrenado. Diríase que el jinete o es un loco o que su caballo se ha desbocado. O ambas cosas. Y el batir de los cascos suena cada vez más cerca. Al oír los gritos de su escudero, Alvaro, Rodrigo suspira y frena a Babiéca con un quiebro suave de la cadera. Alvaro tenía que ser el loco ese. ¿Qué dice?-, apenas si se le oye entre el estruendo del galope. ¡Estos pajes de hoy!- piensa Rodrigo. Por fin se aclara el mensaje. Alvaro repite a voz en grito: "mi Señor, mi Señor".

Rodrigo vuelve grupas para encarar a Alvaro y le aguarda mientras vigila la respiración de Babiéca, ni agitada, ni lenta.

- Alvaro, por Dios, reprocha Rodrigo cuando tiene delante al paje. ¿Como tengo que decirte que los caballeros no se conducen así, dando gritos por el campo como zagales de aldea?
- Señor, mi Señor, se aturulla Gonzalo- que todavía no tiene edad de afeitarse. El Rey. El Rey.
- ¿Qué pasa con el Rey nuestro Señor Don Sancho?- pregunta Rodrigo sin inquietud pues acaba de desayunar pan, leche y miel con el monarca.
- Hay un mensajero, un correo, alguien de Zamora, un traidor a Doña Urraca-se atropella el mozo. Dice que quiere ver al Rey pero tiene que ser a solas. Y el Rey va a ir. Don Genaro os pide que volváis ahora mismo y tratéis de disuadirle, que, que, la palabra se resiste a salir. Que de seguro es una trampa, una...- por fin lo dice: una traición.

Rodrigo se sobresalta.

- Vamos.

Babieca sabe que vuelve a casa y arranca a galope con un repelón de potro. Rodrigo se inclina sobre el

cuello de su montura y reza para llegar a tiempo. El Rey es viejo amigo y él conoce sus debilidades: confiado, generoso y audaz. En otras circunstancias serían virtudes encomiables. En el entorno de una guerra civil de hermano contra hermana, tanta virtud no es buena consejera. Tiene que llegar a tiempo y hablar con el Rey. Le alarma sobre todo el se lo pida Genaro. Genaro es el más prudente de las mesnadas del joven soberano. Por eso sus amigos le llaman Gelises, mezcla de Genaro y Ulises, nombre que hace sonreír al cuarentón Genaro, barbado ya y cano, longevo para los usos de la época. ¿Qué habrá pasado?

La tienda del Rey está en el centro del campo. Nadie pide a Rodrigo contraseñas ni pases. Ni siquiera se atreven a cortar el galope de Babieca a pesar de que esté prohibido cabalgar entre las tiendas.

Rodrigo intenta dejar el caballo en manos de uno de los centinelas pero éste se niega a tomar las riendas. Está de servicio ante la puerta del Rey. Rodrigo le tranquiliza.

- Es solo un momento. Mi escudero viene detrás.

El lancero accede, aunque no de grado. Guarda la tienda del Rey y no está para otros menesteres.

Rodrigo entra en la tienda real. En el recinto, armas aparte, no hay nada salvo un lecho, una silla y una mesa. Frente a ella tres hombres, Juan de Tornos, Gelises y el Rey Don Sancho. Gelises está demacrado, lívido. Por el contrario Don Juan, como siempre, se presenta recién afeitado, lavado y peinado al modo sarraceno, con rizos obra de su esclavo almohade, un adolescente bello como el perfil de una moneda romana. Le cubre un jubón de terciopelo azul y por debajo asoma una camisa de seda. A Rodrigo tanta elegancia siempre le ha parecido sospechosa. No le gusta Don Juan. No le parece ni fuerte, ni valiente, ni, por decirlo todo, de fiar.

Rodrigo se para ante el Rey e inclina la cabeza.

- ¿No pides licencia? Se interesa el Rey sonriendo.
- Estamos en guerra, Señor y en Castilla en estos trances no es costumbre.

- ¡Sabía que me dirías algo así! Y volviéndose a Gelises le confirma. Era el mejor en ambos derechos. De leyes lo sabe todo. Por cierto, ¿cómo es que vienes tan acalorado? ¿Te persigue el hermano de alguna pastora? ¿O huyes de una serrana bravía? Dime la verdad, prometo no contárselo a Jimena.

Rodrigo sonríe. El Rey no ha dejado de ser su viejo compañero de estudios con el que ha compartido la dificultad de las declinaciones latinas y algún que otro correazo por no saber conjugar verbos irregulares.

- Señor, Señor, dice Rodrigo sin dejar de sonreír. Me llama Don Genaro en su auxilio.

Don Genaro da un paso al frente y dobla la cerviz. Él no tiene ni la edad ni el pasado común con el Rey muchacho y su gesto es de respeto.

- Hablad, hablad, Don Genaro- concede el Rey.

Explicad a Rodrigo lo que tanto os preocupa.

- Se ha presentado un embozado, relata Genaro. Ha salido de Zamora por una hendidura de la muralla y asegura que si el Rey se entrevista

con él a solas le dará un plano de las fortificaciones. Con ese plano tomaríamos la ciudad esta misma noche.

- A cambio de quinientos doblones de oro- concluye Tornos. La codicia mueve montañas.
- Es traición al Rey- dice Genaro. Y si de paso hay robo, mejor.
- Todos en Zamora son traidores. Eso por definición, asegura Tornos. En caso contrario estarían con el Rey nuestro Señor. ¿Qué se espera que produzcan los perales sino peras? A mí no me ha sorprendido el mensajero. De hecho estaba esperando algo así. No tengo en mucho a esa gente.
- Son tan castellanos como nosotros y el día que entremos en Zamora me aclamarán como su Rey- aclara Sancho. ¿Y tu qué crees Rodrigo, fiel colega? Te advierto de todas formas que digas lo que digas yo ya tengo decidido lo que voy a hacer.
- ¿Para qué entonces pedir consejo?-. Haced lo que creáis mejor, replica Rodrigo.

- Lo que crea mejor no- corta el Rey. Lo que sea más noble. Estamos en guerra y en la guerra mueren hombres y se gasta oro. Cuanto antes acabe esto, más ahorramos en sangre y en tesoro. Y si es con riesgo para mí, mala suerte. Todos los días se arriesgan mis hombres. ¿Por qué yo no?
- Porque sois mucho más que un soldado: sois el Rey- dice Genaro. Porque sois el cuerpo sagrado de Castilla y nada debe sucederos. El riesgo ha de ser proporcional al rango. Cuanto más alta la dignidad más debe de protegerse del peligro. No sois el Jefe del Ejército. Para eso está el Condestable. ¿Os dais cuenta de la crisis que se abriría en Castilla si os sucediese algo?
- Me doy cuenta, contesta Sancho, de lo que dirían los cronistas y los heraldos si yo no fuese a esa cita. Que he leído ya bastantes historias de reinos y reyes.
- Dos- interviene Tornos-, son los modos de vivir en la memoria de los hombres. Por las armas y por las letras. Como no es propio del Rey hacer

romances lo suyo es que pase a la historia por sus victorias en el campo de batalla.

- Eso es hablar, Don Juan de Tornos. Bien. Pues voy a ello. Haced la señal convenida y ahora mismo salgo.

Gelises corta el paso al Rey. Don Sancho vacila. En ese momento de confusión Tornos acerca la mano al pomo de la espada.

- ¿Qué es ello, Don Genaro? ¿Osáis cerrar el paso al Rey? ¿Aquí en mi tienda va a empezar la traición que tanto decís temer?
- Señor, mil disculpas, se retira Genaro. Mil disculpas.
- Déjame que vaya contigo, suplica Rodrigo a Sancho- y recupera el tuteo colegial. *Vivir juntos, morir juntos.* Lo prometimos. Lo prometimos en el claustro de Tablada.
- No lo he olvidado. Una tarde antes del tormento de la astronomía de Ptolomeo. Que Dios confunda.
- El encuentro es a solas, recuerda Tornos.

- Nadie lo verá, asegura Rodrigo. Estaré a más de quinientos pasos y escondido en la mies. Por cierto. ¿El lugar en el que os ha citado el traidor está cerca de la fortaleza? Rodrigo vuelve al tratamiento oficial de la Corte.
- No tan cerca como para que puedan protegerle sus ballestas.
- Vamos- dice Sancho y sale de la tienda.

El caballo está ya listo con el palafrenero y el escudero a su vera. Rodrigo recupera a Babieca de las manos de Alvaro y los dos jinetes salen al campo a galope. Rodrigo advierte solo entonces que cabalga sin estribos ni espuelas. Si pasa algo grave no va a poder reaccionar como es debido. Se santigua y reza para que nada suceda.

Sancho rodea la ciudad a galope tendido. Rodrigo ignora donde será el encuentro pero empieza a retrasarse para no comprometer la soledad pactada del Rey. Finalmente, Rodrigo alcanza a ocultarse en un hondón de la meseta, cuando ya se ve salir por una grieta de las murallas a un jinete montado en

un caballo negro azabache. El caballero se dirige directamente al Rey y mantiene o parece mantener una corta conversación con él. De pronto el desconocido echa mano de su jubón, saca un venablo de entre sus costuras, y atraviesa el costado del Rey que cae sin un grito al suelo. Nada más verlo Rodrigo mete los talones a Babieca y sale al encuentro del traidor que ha vuelto ya grupas. Las almenas de Zamora se llenan de gente que aclama al traidor y Rodrigo, enardecido, golpea sin misericordia los flancos de Babieca. Pero sin estribos ni espuelas la carrera es trabajo inútil. Silba entonces una saeta y cae muy muy cerca del joven guerrero. El arco, se dice Rodrigo, arma de traidores. Pero este arco alcanza más que las ballestas castellanas. El álferez es un profesional de la guerra y ha ido midiendo la distancia que le separa no solo del traidor sino también de la ciudad para que no le alcancen sus proyectiles. El arco debe de ser inglés, esos nuevos instrumentos que en Castilla todavía no se conocen. Otra saeta, ésta mejor lanzada, casi roza la crin de Babieca.

Rodrigo solo puede ver con lágrimas de rabia como el traidor vuelve a su nido por la grieta de la muralla.

- El Rey ha muerto- vuelve grupos Rodrigo a la desesperada. ¡Traición al Rey!

El grito de Rodrigo todavía no se escucha en el campamento pero lleva la noticia a las tropas el retén que Don Genaro había dispuesto en previsión de emergencias. Se desata la confusión en el recinto. Salen de sus tiendas ballesteros y lanceros mientras que los caballeros se disponen a ensillar sus monturas. Desde las murallas de Zamora llegan alaridos de júbilo y cantos de celebración. Don Genaro, espada en mano y con la cota de malla sobre el jubón, arremete con sus hombres contra la tienda de Don Juan de Tornos.

- ¡Salid de ahí, carroña, rata inmunda!- grita Don Juan fuera de sí.

Don Juan le hace frente rodeado de sus fieles.

- A vuestra disposición, Don Genaro-responde con la espada desnuda en la mano.

- ¿Qué hacéis?—dice Rodrigo que llega en ese momento a la altura de los contendientes. El duelo por Rey es sagrado. Y Don Sancho está de cuerpo presente.
- Los ritos de la muerte son cosa del Álferez—recuerda Genaro. Entierra a Don Sancho, es tu deber. El mío es vengarlo. Juan de Tornos, en nombre de Dios, os desafió a muerte por traición al Rey.

A Juan de Tornos no parece intimidarle la cólera de Don Genaro y responde con frialdad.

- ¿A qué Rey os referís, al ya difunto o al felizmente reinante?

Rodrigo y Don Genaro escuchan incrédulos la pregunta. En ese momento se oye entre las tiendas la voz del esclavo almohade de Don Juan de Tornos.

- ¡Don Alfonso VI, Rey de Castilla y León! ¡Por el Rey! ¡Viva el Rey!

Las huestes se apartan respetuosas ante un cortejo de caballeros enlutados. Tras ellos suena apagado el redoble de tambores con cajas

destempladas. Don Juan de Tornos y sus gentes hincan la rodilla en tierra. Rodrigo y Don Genaro siguen en pie. Don Alfonso se dirige a ellos.

- Buen día, señores.

- Buen día, señor.

- Advierto entre vosotros diferentes maneras de saludarme. ¿Estoy acaso en presencia de huéspedes de reinos distintos? ¿O han llegado hasta nosotros usos que yo desconozco?

Don Genaro calla, Rodrigo habla.

- Seréis Rey, Señor. Mas ha de enterrarse primero a Don Sancho, honor que al Álferez cumple, y así lo haré dónde él lo ordenó, en el Monasterio de Tablada. Vos, como hermano de mayor edad, sois el primero en sucesión. Pero mientras no jureis solemnemente el trono se os tratará como al primer caballero de Castilla. Y la costumbre de la tierra es hincar la rodilla solo ante Dios y el Rey.

- Habláis muy bien para ser tan joven, reconoce Alfonso. Lástima que vuestras dotes oratorias le hayan sido de tan poca utilidad a mi hermano.

Don Genaro interviene; empuña todavía la espada desnuda.

- Contra la traición no valen las armas sino la prudencia. Y tras una pausa marcada, añade: Señor.

Don Juan acude solícito al estribo de Don Alfonso y le trata de "Majestad". Pero el hermano de Don Sancho no desmonta.

- Dejádlo por ahora, Don Juan. Acompañadme a una descubierta por las murallas de la ciudad. Hagamos nosotros labor de guerreros mientras que otros se complacen en debatir cánones.

A un gesto de Don Juan, su esclavo moro le acerca la montura. Salta a ella el caballero y, con el Pretendiente a su vera, sale en cabeza del séquito hacia la plaza sitiada.

Rodrigo y Don Juan se miran asombrados. Desde Burgos a Zamora habrá sus buenas diez jornadas. ¿Qué hacía el hermano del Rey a las puertas de la ciudad sitiada? ¿Cómo es que nada más morir el Rey ha aparecido su hermano el heredero? Cabizbajos, se aprestan a cumplir con

sus deberes. Rodrigo, enterrar al Rey. Don Juan, juntar a los suyos y prepararles para el viaje a Burgos. Pues ha de levantarse el asedio y luego habrá Cortes. Ante ellas se debatirá la sucesión del trono. Presidirá el solemne acto el Obispo Gelmiro, abad tambien de Tablada.

Han terminado las Cortes del Reino y no está muy claro el mensaje de Castilla. Corre por la tierra el oro del Pretendiente y nadie se atreve a decir en voz alta lo que todos piensan: al Rey Don Sancho le ha matado la traición de su hermano. Ese pensamiento se leía en los nobles, Alcaldes y ricoshomes de la Asamblea: En su reservado silencio, en sus exageradas cortesías para con Don Alfonso, en su servilismo. El Pretendiente, por su parte, ha sido la generosidad misma. Ha repartido mercedes sin cuento, incluso las que no tiene. Todo parecía dado y el juramento de Don Alfonso inminente cuando el Obispo Gelmiro, sin decir palabra, dejó

su cátedra de hueso y marfil, avanzó hasta la gran mesa del ábside y, a la vista de todos, depositó su anillo en el centro de la reluciente tabla de roble. Un rumor de asombro recorrió la nave. La Iglesia exigía de Don Alfonso, que antes de prestar juramento y tener derecho a la pleitesía del Reino y al tratamiento de Majestad, jurase a su vez no haber tenido arte ni parte en la muerte de su hermano. Es procedimiento previsto en el Fuero Juzgo visigodo, aunque hasta ahora inédito en la fiel Castilla.

El juramento ha de hacerse, en alguna de las tres iglesias juraderas del Reino y so pena de condenación eterna. Las iglesias con rosa juradera son tres: San Juan en Ávila, San Isidoro en León y Santa Gadea en Burgos. Don Alfonso, blanco cómo un lienzo, apenas alcanza a responder cuando le pregunta el Obispo Gelmiro donde prefiere hacerlo.

- Sea en Santa Gadea.

Rodrigo es el antiguo Álferez del Rey Don Sancho. Como guardián de su memoria a él le

tocará pedir al Pretendiente palabra de inocencia. Es trance terrible y no se hace ilusiones. Su carrera está acabada.

Rodrigo piensa como encarar el reto de hacerle jurar al futuro Rey. Va a escucharle Castilla entera. Pero la posteridad también. Y para ella sobre todo decide hacerlo con un juramento brutal, unas palabras que se recuerden en la memoria de los hombres. Al fin y al cabo no tiene nada que perder.

- Jurad, dice con voz recia, ante el altar de Santa Gadea y con la espada en la mano, según le ha instruído el Obispo- a quien la rosa de piedra le parece una superstición. Jurad que no tuvisteis arte ni parte en la muerte de vuestro hermano.

Tras él forma el Reino. Eclesiásticos, nobles, Alcaldes y ricos homes guardan silencio sepulcral. Gelmiro preside el acto.

Don Alfonso evita la cruz del pomo de la espada de Rodrigo y va hasta el Libro del Evangelio. Pone la mano sobre el texto sagrado y

antes de que pueda decir, "juro", Rodrigo le
acosa implacable.

- *Villanos te maten, Alfonso, villanos, que
no hidalgos,
mátente con agujadas, no con lanzas ni con
dardos;
con cuchillos cachicuernos, no con puñales
dorados;
abarcas traigan calzadas, que no zapatos con
lazo;
caballeros vengan en burras, que no en mulas
ni en caballos;
Mátente por las aradas, que no en villas ni
en poblado,
sáquente el corazón por el siniestro
costado;
si no dijeres la verdad de lo que te fuere
preguntado,
si fuiste, o consentiste en la muerte de tu
hermano.*

Nunca se han oído palabras tales en una iglesia cristiana y algún asistente se santigua asustado. Alfonso escucha atónito la exigencia de Rodrigo y pálido, jura sobre el santo libro. Rodrigo envaina su espada y sube al altar para devolver el anillo al Obispo, quien tras enfilarlo en el anular, bendice al antiguo Álferez. Cuando Rodrigo vuelve a la nave, suena la voz de Alfonso.

*"Muy mal me conjuras, Cid, muy mal me has
conjurado,*

*mas hoy me tomas la jura, mañana me besarás
la mano.*

*Vete de mis tierras, Cid, mal caballero
probado,*

*y no vengas más a ellas dende este día en un
año.*

*- Pláceme, dijo el buen Cid, pláceme, dijo, de
grado,*

por ser la primera cosa que mandas

en tu reinado.

Tú me destierras por uno, yo me destierro

por cuatro."

Antes de que cante el gallo abandona Burgos el séquito del desterrado camino de la marca franca, la Cataluña de hoy. Apenas cien hombres, contados también los de Don Genaro, que no ha querido abandonar al mejor de los paladines de Castilla. Irán por la vía de Navarra, más corta pero también más arriesgada, pues las faldas de sus estribaciones montañosas son dominio musulmán.

- ¿Puedo saber por qué me acompañas a tu ruina?- pregunta Rodrigo a Genaro, ahora a su vera en un caballo alazán que envidiaría el mismísimo Emperador.

- ¿Crees tú que tengo yo aquí algún porvenir después de mi enfrentamiento con Don Juan de Tornos? El valido del futuro Rey, nada menos. Si tú estás condenado, yo también.

La meseta se va rompiendo en alcores y navas. Por la tarde refresca y los caballeros se cubren con mantas a la hora del sueño.

- Tápate, anda- dice cada noche Rodrigo a su paje Gonzalo.

- Sí, Señor, contesta obediente el escudero, que no ha querido romper su fe con la casa de Vivar.

Hace apenas unas semanas Rodrigo veía al escudero como a un hermano menor. Ahora como a un hijo. Envidia su inocencia, que él ya ha perdido. Sus viejos compañeros de Tablada, los antiguos paladines del Rey, los Alcaldes, ricoshomes y nobles, todos sin excepción han evitado hablarle en Burgos desde que le vieron llegar de Zamora.

El pueblo, sin embargo, es otra cosa. Los lugareños se disputan el honor de ponerles yantar en el plato. El buen pueblo llano, humilde y agradecido, simple como el pan, leal.

Vuelve la vanguardia de la patrulla que Genaro dispone siempre en flancos y avanzada. Los caballos llevan los cascos cubiertos con trapos

para no hacer ruido. Y es que se van acercando a tierras del Islam y se imponen usos de guerra. Rodrigo ve al capitán del destacamento, Don Pedro de Vargas, mantener un breve encuentro con Genaro.

- ¿Pasa algo?- pregunta Rodrigo alarmado.

- Francos, responde Genaro. Cristianos.

- Vayamos a ellos, dice Rodrigo. Cristianos como ellos somos.

La compañía de francos descansa sobre la hierba. Cerca de ellos pastan sus caballos, magníficos ejemplares de grupas anchas y traseros sólidos. Rodrigo y su séquito se acercan al grupo con las espadas tomadas por la hoja y con la cruz en alto. Abre marcha el joven escudero de Rodrigo, Gonzalo. Al ver al grupo los francos se levantan curiosos.

- Señores, dice el que parece más principal, un hombre en la fuerza de la edad, ancho de hombros, barbado y de ojos claros. Sed bienvenidos. Somos francos, súbditos del Emperador.

Genaro pregunta.

- Bienvenidos seáis, *hijos de la dulce Europa*.
¿Súbditos sin más o en campaña?

- En campaña, Señor, responde el caballero franco. Volvemos a Aquisgran despues de haber corrido Zaragoza y Huesca contra Marsilio. Guardamos la retaguardia de nuestro Señor en su camino de vuelta. Seremos unos veinte mil sin contar la impedimenta.

- Rodrigo Díaz de Vivar, se presenta el antiguo Álferez. Y sus gentes.

- Genaro de Covarrubias, sigue Don Genaro. Amigo y compañero de armas de Don Rodrigo. Con mi hueste.

El franco se adelanta.

- Rolando, paladín de nuestro Señor Carlomagno. Para serviros. *A mi derecha Olivier, y alrededor de su persona los doce pares del Reino.*

Los castellanos no pueden reprimir su sorpresa. *Rolando*, dice Gonzalo con su voz todavía sin nublar. *El caballero sin mancha y sin tacha.*

- Alguna si que tiene, dice en tono burlón otro franco que acaba de llegar de un arroyo cercano- y se presenta: Turpin, Obispo.

- ¿Obispo?-se extraña Genaro. ¿No basta para bendiciones y absoluciones un sacerdote cualquiera?

Los francos se ríen. Turpin explica.

- Para bendecir y absolver sí. Para abrir combate y hacer cara al enemigo no tanto.

Y ante el asombro de los castellanos Turpin se acerca a uno de los caballos y saca del arzón una maza.

- Lo hago sin derramar sangre. Y además solo combato sarracenos.

Los que se ríen ahora son los castellanos. Obispos como esos no da su Reino. Turpin sigue en tono jocoso.

- Por cierto: ¿esos caballos que traéis ya aguantarían el peso de mi maza? Algo flacos los veo yo para dar cargas.

Rodrigo contesta.

- Habláis, Señor, como quién no ha cruzado lanzas con los sarracenos. A esos jinetes no se les derrota con cargas. Os harían escabeche.

- ¿Es qué?- las caras de los francos reflejan su asombro.

- Una forma de conservar el pescado que tenemos en estas tierras, aclara Genaro. Pica el sol y dura poco la frescura del producto. Así que lo conservamos en una mezcla de aceite, vinagre y especias. Queda la carne desmigada, por ello cuando algo se desmorona solemos decir "quedar hecho escabeche"

Un franco se adelanta y declina el nombre.

- Guidus Michelinis para serviros, Señor, copero del Emperador. ¿Qué mezcla es esa que yo no conozco, escabeche habéis dicho?

- Escabeche, sí, dice Pedro de Vargas. Algo debemos de tener en los carros de la intendencia. Lo tomaremos al anochecer. Pero, y si no os importa que volvamos a la guerra, la pregunta de Don Genaro sigue sin respuesta: ¿habéis cruzado lanzas con el Islam?

- La verdad es que no, reconoce Turpin. Pero si montan como vosotros, quiero decir, en esos jamelgos, poco enemigo parecen. Lleváis también los estribos en las tetillas. ¿Qué monta es esa?

- La que del moro aprendimos tras haber perdido España por montar como vosotros.

Se hace un silencio violento. Don Genaro lo rompe cordial.

- Señores, famosos sois por vuestros juegos y cortesías, que en estas tierras simples suenan a cosa de fábula. ¿Os importaría que rompiésemos unas cañas por ver cuál de las dos monturas es más adecuada al uso de la guerra?

Turpin interviene.

- Señores, guerreros somos, y como tales, nobles en nuestros usos, no solo en combate, sino en justas y torneos. No nos pidáis que rompamos cañas con vosotros. Es lucha desigual y de resultado cierto. Os aplastaríamos sin labor.

- Corta unas cañas, Gonzalo, pide Rodrigo. Que sean de dos varas de largo e igual grosor. Señores-dice a los francos -nombrad vuestros

jueces- nosotros nombraremos a los nuestros. Si lo permitís, Señor, dice Rodrigo a Roland, sería altísimo honor el que aceptaráis tornear conmigo.

Roland, la flor misma de la cortesía, accede de grado con estas palabras.

- El honor será mio, Rodrigo, *alférez eterno de vuestro Rey Don Sancho, leal a él incluso a costa de hacienda y destierro.* Veo vuestra cara de sorpresa. No os espantéis. Desde que el cielo nos abrió el Camino del Apóstol las noticias vuelan.

- Y las recetas-asegura Michelinis sonriendo.

- Don Guido, Don Guido, sonríte Pedro de Vargas. No os preocupéis, habrá merienda.

Llega Gonzalo con un mazo de cañas. Rodrigo escoge un par de ellas, Roland otras dos. Turpin ocupa el centro de la pradera y la preside. Le flanquean Genaro y Olivier.

- ¿Qué distancia aprestamos?- inquiere Roland, caballeroso.

- La que vos necesitéis para poner a Bridadeoro en la plenitud de su carga.

- Cincuenta pasos, asegura Roland- que, sabedor de su alto status en la caballería europea, da por cierto que todos los paladines de Europa conocen el nombre de su caballo. Y hace un último intento- Don Rodrigo, por Dios os lo ruego. No me obliguéis a una lucha sin gloria.

Don Rodrigo no le oye ya, o hace como que no le oye y ocupa su lugar en el extremo del campo. Los francos miran curiosos el encuentro y se asombran de la aparente serenidad de los castellanos. Bridadeoro es un soberbio garañón azabache, de más de diez palmos en la cruz y con una grupa monumental. Babioca es la gracia misma. Tordo, de cara sonriente y abierta, casi redondo en el arco que va de la nuca al arranque de su cola cantarina. Debe de pesar menos de la mitad que el caballo de Roland y en cuanto a alzada, no pasará de los seis palmos.

Michelinis se conmueve.

- ¿No tenéis corazón?- pregunta a Genaro. Va a aplastarlo. El aludido no responde.

Salta Bridadeoro sin que Roland le apremie: Es caballo ducho en justas. Su galope es profesional, furioso y medido. Va ligero porque Roland le deja libre la espalda, alzado sobre sus estribos, experto él también en conquistar corazones y arrebatarse gallardetes. Babiéca no se mueve. No le inquieta ni siquiera el ruido de los cascos de su enemigo, atronador, arrebatado. Cuando apenas faltan diez pasos para que Bridadeoro arrolle a Babiéca y Roland, caballeroso, se apresta ya a frenar a su montura, Babiéca gira en corto, rodea a Bridadeoro con un quiebro de caderas casi invisible y se pone a la altura de su hombro con cuatro trancos de galope vertiginoso, momento en el que la caña de Rodrigo toca el único lugar accesible de la armadura del paladín: el hueco de la axila.

Olivier levanta el brazo.

- ¡Tocado!- advierte a Roland.

Roland detiene a Bridadeoro.

- ¡Me habéis matado!- dice todavía perplejo.

- No lo quiera Dios, se duele Rodrigo. Esto es un juego.

- Pero en combate de verdad sería ahora cadáver-replica Roland, no ofendido sino sinceramente perplejo.

- Así se perdió España, confiesa melancólico Rodrigo. Nos masacraron con sus caballitos de juguete y sus estribos altos. Gineta se llama esta monta, Señor. Y si deseáis conocer sus secretos os los enseñaremos sin reservas.

- ¿Qué os parece la justa, Don Guido?-pregunta Genaro a su vecino.

- Si el escabeche es tan bueno como la gineta me prometo una cena memorable, dice Michelinis, sinceramente admirado.

Genaro se ríe con ganas pero cuando va a contestar a Don Guido ve llegar al alférez de una de sus patrullas. El jinete, Don Fermín, advierte.

- Moros, señor.

- ¿Cuántos?- pregunta Genaro.

- Muchos. Temo que se han reservado para la ocasión y que las batallas hasta ahora no dadas eran solo un modo de preparar esta.

- Señores, pide Genaro. Tengamos consejo de guerra. Y rápido.

Los paladines discuten a la vera del río. Roland es formal.

- Lucharemos hasta la muerte y guardaremos las espaldas de nuestro Señor.

- Eso es sabido, dice Rodrigo. La cosa es cómo. Acabáis de ver un encuentro entre nuestras dos caballerías. A golpe de carga terminamos todos hechos...

- Escabeche, dice Michelinis.

- Eso mismo, remata Rodrigo. Aconsejo lo siguiente. Con esos caballos enormes y acorazados si os ponéis en cuadro sois imbatibles. Hacedlo. Vuestra infantería puede crear un pasillo que vaya de ellos hasta los caballos y cuando lleguen los musulmanes podréis atraparlos entre infantes y caballeros. Nosotros desaparecemos en las cimas de los montes cercanos y en cuanto tengáis a los

sarracenos inmovilizados les atacaremos nosotros en jineta con todo el impulso de la cuesta abajo.

- Buen plan, admite Turpin.

Olivier y el resto de los pares afirma en silencio. Roland lo rompe para exigir.

- Mi cuerno de marfil, el olifante.

Los caballeros Ivoire e Ivon descubren el instrumento, un gran colmillo de elefante grabado con escenas de amor y de guerra. Los castellanos lo admiran en silencio. Dicen que en Leon el tesoro de San Isidoro contiene olifantes como ese, obra de sarracenos convertidos. Pero ninguno de ellos los ha visto.

Roland desenvaina su espada Durandarte, la hace girar en una volea feroz y la estrella contra el cuerno. El marfil salta en pedazos.

- Así no podremos pedir auxilio- aclara Roland. El honor lo primero.

Rodrigo y Genaro se miran y se entienden sin palabras.

Roland se vuelve a sus pares y organiza el cuadro defensivo.

- Dispondremos nuestras fuerzas como si fuesen las murallas de una ciudad asediada y en las cuatro esquinas del cuadro formarán mis doce pares. Olivier conmigo. Gerin y Gerier en los lados Norte, Berenguer y Otón al Sur, Ivoire e Ivon al Este y al Occidente Sansón y Anseis. Engelier y Girart guardarán la fuerza del centro.

No tardan en oirse los redobles de tambor de la fuerza sarracena, duro son que encoge el corazón más bravo. Al frente de su vanguardia, Marsilio, Emir de Zaragoza, jinete en su fiel Gaiñón. Con él sus paladines, Clarun, Estramarín, Eudropín, Príamo y Guarlán el barbado. Les dan diestra su hijo Jursaleu, Machiner, su tío Maher y cierran marcha Jouner, Malbien y al final de todos el valiente Blancandrin.

Gallardetes y gonfalones esmeralda rodean al soberano mientras castiga el aire la trompa de Bokhara, signo ya del inminente ataque. La guardia de honor almohade desenvaina alfanges y tras ese oleaje de chispas se adivina la tensión de los arcos curvos con los que la morería

atraviesa sin dificultad las mallas cristianas. Una, dos, tres voleas de flechas, tan numerosas que oscurecen el sol, preparan la carga de los jinetes. Al grito de "Alá u Akbar" galopa Marsilio con todos los suyos contra el bloque de acero de los francos. El choque es brutal, y, como lo habían predicho los castellanos, los cristianos salen indemnes del encuentro. Por los suelos quedan jinetes y monturas, alfanges y venablos. Esta primera embestida ha terminado en clara victoria cristiana. Turpin, Olivier y Roland se miran satisfechos. Va a resultar más simple de lo esperado. Olivier grita.

- *Un heraldo, mi hacienda por un heraldo.*

- No vendas todavía la piel del oso, recomienda Turpin, que esto no ha hecho más que empezar.

El Obispo tiene razón. Los campeones de Alá, visto el resultado, que no podían imaginar, deciden cambiar de estrategia y atacar a pie y en masa. No van a ir deprisa sino lentamente. No va a abrir camino la caballería sino la infantería y

cada diez pasos tirarán los arcos desde retaguardia para debilitar al enemigo.

Roland, al ver tanto mar de acero avanzar contra ellos, se santigua.

- Van a utilizar su número, dice a Olivier. El Señor nos acompañe. Turpin, absolución.

- ¿Tan mal lo ves?- pregunta risueño el Obispo mientras desviste la mano de su guante de malla para calzar otro de terciopelo violeta.

- Más vale prevenir, se defiende Roland.

- Yo os bendigo y absuelvo, dice Turpin haciendo el signo de la cruz, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El ejército de Carlomagno recibe en silencio las palabras sagradas mientras hacia ellos avanza lento, imparable, el campo enemigo. No hay ahora redobles solemnes ni alaridos de trompas. Se escucha solo el ruido de los pasos en la tierra seca.

Las dos fuerzas se enfrentan con gestos solemnes, aprendidos en la escuela de la guerra. Intentan tajar los infantes, picar los jinetes.

Los francos aguantan la embestida desde sus caballos sólidos y bien armados. Tras ellos la infantería puede batir con flechas al enemigo pues los árabes pierden, con esa nueva estrategia de la proximidad, la ventaja de sus arcos mongoles. Genaro y Rodrigo esperan impacientes a que en el vaivén de las dos fuerzas se descomponga la formación mora, lo que no tarda mucho en suceder, pues Marsilio no sospecha la presencia de más cristianos, menos aun caballería ligera.

Genaro y Rodrigo caen sobre los musulmanes con su pequeña hueste cómo halcones entre palomas y rompen sin dificultad la formación enemiga. La reserva de caballería intenta hacerles frente pero tienen enfrente no a caballos pesados sino a jinetes con monturas como las suyas y larga experiencia en esgrima de gineta.

Vuelve a sonar la trompa de Bokhara, esta vez llamando a retirada. Francos y castellanos se saludan corteses levantando, según es costumbre, la visera del yelmo: segundo asalto, segunda

victoria. Vuelven grupas los castellanos y se refugian otra vez en las alturas cercanas. Pero saben ya que la próxima vez no tendrán la sorpresa de su parte.

Marsilio piensa como vencer esa resistencia. No le parece buena idea emplear su caballería contra la caballería castellana. Los cristianos tienen de su parte la ventaja de la altura. Pero sí que puede bloquear su carga. Quinientos infantes bastarán para cubrir el flanco débil. Dejará en retaguardia a sus arqueros para que los francos no puedan alcanzarles con sus flechas, cosa que él sí podrá hacer gracias a su curvo arco mongol. Sin embargo, no ve como quebrantar el cuadrado franco. Habrá que rodearlo de infantería y esperar que rompa. Tiene muchos más soldados que Roland, es cuestión de tiempo.

Empieza el tercer asalto.

"Los francos golpean, sus corazones son duros

Los paganos caen como frutos maduros

Poniéndote a contarlos son más de mil y uno

Turpin dice "nunca hubo mas leales vasallos"

En trance como este lo verá Carlomagno."

Genaro y Rodrigo bajan por la ladera con toda la furia de su fuerza. Pero esta vez Marsilio les espera a pie firme. No hay más remedio que intentar romper el muro de infantes y llegar hasta el cuadrado de francos. La tropa enemiga resiste y la infantería mora rodea ya los caballos cristianos. Roland rompe la formación y ataca directamente a Marsilio, Emir de Zaragoza y Jefe de la fuerza enemiga que acaba de decapitar a Bevon, Señor de Dijon.

"Prepara tu hora antes de ver a Satán

dice acalorado el buen Roland,

Tomo en ti venganza cumplida

de tanta sangre perdida"

Y su mandoble feroz se lleva con el mismo tajo la mano del Rey y la cabeza de su hijo Jursaleu. Pero la fuerza mora no se arredra sino que se enardece en la venganza y bate tambores y trompas para una embestida final. Flaquea el centro que sostienen Engelier y Girart y los

cristianos se ven perdidos. En encuentros como este no hay rescates ni prisioneros que valgan. Pero dispuestos están a no volver grupas ni pedir tregua. Si han de caer, caerán bajo la cruz. En medio de ese desigual combate, cuando ya los más veteranos se han quitado yelmos y han tirado escudos para dar mandobles con más holgura, señal de seguro fin, suena a lo lejos, en la retaguardia del Islam, el cuerno galante de Carlomagno, Emperador de la barba florida.

- Traición, grita Marsilio, a quien sus pares protegen. ¡Retirada!

Ante el asombro de la tropa cristiana la fuerza mora, hasta entonces compacta, se rompe sin orden ni concierto.

- ¿Qué hace aquí el Emperador si nadie le ha llamado?-se asombra Roland.

- Milagro, dice Olivier, milagro de Dios.

Genaro se acerca al cuadro de paladines y nobles. Su caballo va al paso, blanco de sudor de la cabeza a los cascos.

- Milagro del retén que mandé a vuestra vanguardia cuando ví que Roland rompía su Olifante, explica entre jadeos y quitándose la cota de malla. En efecto, frente al Emperador y su guardia cabalga Gonzalo con otros dos castellanos.

Turpin ríe con una carcajada que es de alivio y de sincera alegría. Su risa recorre el Ejército entero. El júbilo de sus valientes asombra al buen soberano.

- ¿Las trompas que hemos oído eran acaso pífanos de trovadores? ¿Esos jinetes que hemos visto huir a la desbandada os traían coplas y chistes?- pregunta incrédulo Carlomagno.

- Traían la muerte en las puntas de sus lanzas, Señor, dice Rolando. Debemos la vida al auxilio que os trae el mozo ese, Gonzalo, escudero de estos castellanos que nos hemos topado a la vera del río.

Carlomagno mira en silencio a la pequeña tropa, jinete de caballos que parecen sacados de

las miniaturas con las que le obsequian los Embajadores de Oriente.

- Sed bienvenidos a este vuestro campo, caballeros de la clara y bella España, dice cortés el Emperador. Cristianos sois y godos como nosotros. Y pues con nosotros habéis luchado no hacen falta más ceremonias. Emperador soy de todos.

Se apresta Consejo Real bajo un roble de diez varas de radio. Allí habló el Emperador a sus principales, duques, margraves, condes, caballeros y pajes: bien oiréis lo que decía.

- Tened a estos cristianos de lejanas tierras como hermanos. No consienta Dios que jamás alcéis la mano ni la palabra contra ellos. Una es la sangre que corre por nuestras venas, una la fe que nos sustenta. Dejadme ahora, señores de España, presentaros a aquellos de mis leales paladines que, sin otra culpa que la de acompañarme, os faltan por conocer. Este que a mi derecha veis es Rigobertus Bironiensis, viajero esforzado que de dejarle iría a...

- Al mismísimo Reino del Preste Juan- interrumpe Bironiensis.

- Es por lo único que pierde su característica *modestia anglica*, explica el Emperador: el viaje. Su lema es "Buscar es encontrar". Y este otro que ahora se alza es Baedekertus, queridísimo guía, de la misma escuela que Bironiensis, si bien algo más metódico y menos aventurado. Su lema es "Sin reposo no hay victoria". Calixtus, al que veis aquí, es algo más joven y monje, o al menos eso dice- sonríe Carlomagno y está preparando ya un mapa y una guía del Camino del Apóstol. Por último y para guardar la memoria de nuestras gestas aquí tenéis a Snorri y sus seis escribas. Dios me ha bendecido con este segundo Homero cuyo mote es "Hechos primero, palabras después". En cuanto a vosotros, señores españoles, me dice el Obispo Turpin que sois Pedro de Vargas, Genaro de Covarrubias y Rodrigo de Vivar, el álferez ese que hizo jurar a su Rey. No os espantéis Rodrigo, tenéis a toda Europa suspensa con vuestro atrevimiento. Al rapaz ese que llaman vuestro

escudero ya lo conozco. Se llegó a nosotros pegando gritos. Creíamos que era un pastor al que se le había perdido alguna oveja.

La asamblea ríe con ganas. Gonzalo escucha el reproche con un rubor arrebatado en las mejillas.

- Acercaos a mí, ordena paternal el Emperador. Gonzalo obedece con la vista baja.

- Escudero Gonzalo, bien se ve que aun no tenéis edad para entrar en el exigente ejercicio de las armas. Pero no puede pasar sin recompensa vuestro coraje, digno del más barbado de nuestros campeones. Habéis sabido burlar las patrullas enemigas y llegaros hasta nosotros en silencio. Bueno, rectifica el Emperador. Por lo menos hasta el último momento. ¿Qué edad tenéis?

- Casi catorce, dice Gonzalo con un hilillo de voz.

- Quince es la edad para armarse caballero en nuestros reinos. El mismo día que los cumpláis yo en persona os haré caballero en mi capilla de Aquisgrán donde velaréis armas con lo más florido

de la nobleza del Imperio. Entretanto tened esta muestra de mi aprecio.

Y Carlomagno descalza su dedo meñique de un anillo de piedra blanca y se lo tiende al joven que lo toma con manos temblorosas.

- En cuanto a vosotros, señores españoles, decidme. ¿Qué merced deseáis, qué puede daros el Emperador en prenda de su agrado? ¿Acaso deseáis una palabra mía para que el nuevo Rey de Castilla os perdone y acoja en su Reino?

Rodrigo avanza e hinca la rodilla en tierra.

- Señor, dice, gracias por vuestra generosa disposición. Nada queremos para nosotros sino la honra de servirlos. Mas no quisiera yo dejar pasar ocasión como esta sin hacerlos presente que españoles no somos.

- ¿No?- se asombra Carlomagno. ¿Baedekertus, Bironiensis, Calixtus, acaso os habéis equivocado y hemos dado en tierras extrañas?- pregunta a sus caballeros.

- Extraña no, mi buen Señor. Inexistente. Españoles ya no hay. Castellanos somos, navarros,

aragoneses...mas españoles no. España se perdió en Guadalete hace ya más de trescientos años.

- ¡Ay!- se mesa la barba el buen Emperador. ¡Qué razón tenéis Rodrigo, qué descuido! Sed benevolentes con un Emperador ya anciano. Mil disculpas. España, la que tanto alabó Isidoro, perdida está.

- ¿Y no sería momento de intentar reconquistarla?- inquiere Genaro dando un paso al frente. Con vos forma la Germania de los bosques de Tácito y la Galia de César. Italia os es vasalla y Anglia fiel. Venid señor en nuestro auxilio. La Virgen os lo pagará en el cielo y la memoria de los hombres en la tierra. Sean vuestros paladines nuestros campeones y España su triunfo.

El Emperador se vuelve a su Consejo.

- ¿Señores?

El Ejército entero se pone en pie. Turpin, Obispo, habla.

- No nos ofendáis, mi buen Emperador. ¡Por Europa, siempre!

Y la tropa, unánime, aclama.

- ¡Europa, Europa, Europa!

- Amén, admite Carlomagno. Y dirigiéndose al centro del campo, recoge la mano cortada de Marsilio y con ella en alto se dirige a la roca llamada hasta hoy del Emperador, un espolón de granito que preside el paso de Roncesvalles. Allí proclama.

- *Sea mi solar un vasto Imperio que llegue desde el luminoso mar de Atenas hasta la última Tule y desde la Isla Esmeralda hasta los confines del Rus.*

Palabras que Snorri deja esculpidas para la eternidad en su *Spanischenskarlunsaga*. Veinte años más tarde ha terminado lo que las crónicas llaman Reconquista y los pendones de Carlos el Magno guardan las Columnas de Hércules, en los confines mismos del Mar Tenebroso.

Así es como empezó a cumplirse la promesa de Carlomagno y así se hizo imperial y cristiana la clara y bella España, primera piedra de la

construcción imperial europea, hoy felizmente
reinante.